

# A la cara

DOSSIER  
DE PRENSA



VALDEMAR / ES POP EDICIONES



VALDEMAR / ES POP EDICIONES

**Título:** *A la cara*

**Autor:** *Christa Faust*

**Características:** 14 x 21,5 cm. 256 páginas. Rústica con solapas

**Precio:** 16 €

**ISBN:** 978-84-937771-0-4

**Publicado por Es Pop Ediciones**

Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid

[www.espop.es](http://www.espop.es)

[info@espop.es](mailto:info@espop.es)

**En coedición con Valdemar**

Gran Vía, 69 - 28013 Madrid

[www.valdemar.com](http://www.valdemar.com)

Pág. 1: Sinopsis

Pág. 3: Reseñas breves

Pág. 5: Recortes de prensa

Pág. 8: Entrevista con la autora

Pág. 11: Portada + Extracto del libro

Pág. 33: Los orígenes de "A la cara".

Miniatura de la sobrecubierta



Christa Faust es la autora de varias novelas de crimen y horror, entre las que destacan *Hombres, Jilada* y *Gravel Frost*. También ha trabajado como cineasta, modelo y chica de cabina en un prep-show de Times Square. *A la cara* le ha valido su primera nominación a los premios Edgar.

Foto de la autora: Eric Stone.

Es Pop Ediciones  
[www.espop.es](http://www.espop.es)

Valdemar  
[www.valdemar.com](http://www.valdemar.com)

Diseño de cubierta: Oscar Palmer  
Ilustraciones: Robert A. Maguire  
[www.ramaguirerobart.com](http://www.ramaguirerobart.com)



Angel Darte creía llevar una vida perfecta y ordenada, hasta que un pasado sobrio para herself en una espiral de violencia. Christa Faust reinventa el género negro desde un punto de vista postmoderno feminista, pero tan depuro como el de los grandes maestros.



Un clásico instantáneo del pulp.  
—ROLLING STONE



Angel Darte creía llevar una vida perfecta y ordenada. Hasta que un pasado repleto de inspección para su mujer le devuelve en una espiral de violencia. Brutalmente agredida, dejada por muerta y acusada falsamente de asesinato, Angel se verá obligada a huir de la justicia al mismo tiempo que de la organización criminal que quiere acabar con ella. Pero Angel no está dispuesta a seguir siendo una víctima indefensa. Armada con todos los recursos aprendidos durante una década como profesional de la industria del cine para adultos, e impulsada por una furia incontenible, no dudará en hacer todo cuanto sea necesario para conseguir que sus agresores paguen por todo lo que le han hecho.

Christa Faust reinventa el género negro desde un punto de vista puramente femenino, pero tan depuro y coherente como el de los mejores maestros del hard-boiled. El resultado es una novela trepidante y sorprendente con la que Faust ha ido a unirse a ese pequeño pero imprescindible grupo de autoras que, de un tiempo a esta parte, están renovando un estilo tradicionalmente masculino con un ímpetu, un desparpajo y una fuerza propios de los grandes clásicos.

# Sinopsis

“Estoy segura de que te preguntarás qué hacía una chica maja como yo encerrada y dejada por muerta en el maletero de un coche de mierda abandonado en un erial industrial al este de Los Ángeles. O puede que ya nos conozcamos y te estés preguntando por qué nadie lo había hecho antes”.

Angel Dare creía llevar una vida perfecta y ordenada. Hasta que su pasado regresó de imprevisto para sumergirla en una espiral de violencia. Brutalmente agredida, dejada por muerta y acusada falsamente de asesinato, Angel se verá obligada a huir de la justicia al mismo tiempo que de la organización criminal que quiere acabar con ella. Pero Angel no está dispuesta a seguir siendo una víctima indefensa. Armada con todos los recursos aprendidos durante una década como profesional de la industria del cine para adultos, e impulsada por una furia incontrolable, no dudará en hacer todo cuanto sea necesario hasta conseguir que sus agresores paguen por todo lo que le han hecho.

Christa Faust reinventa el género negro desde un punto de vista puramente femenino, pero tan áspero y cortante como el de los mejores maestros del hardboiled. El resultado es una novela trepidante y sorprendente con la que Faust ha ido a unirse a ese pequeño pero imprescindible grupo de autoras que, de un tiempo a esta parte, están renovando un estilo tradicionalmente masculino con un ímpetu, un desparpajo y una dureza propios de los grandes clásicos.

**Creían que sería  
fácil de matar.  
Se equivocaban.**



CHRISTA FAUST es la autora de varias novelas de crimen y horror, entre las que destacan *Hoodtown*, *Triads* y *Control Freak*. También ha trabajado como cineasta, modelo y chica de cabina en un peep show de Times Square. *A la cara* le ha valido su primera nominación a los premios Edgar y el Crimespree Award a la mejor novela del año, además de haber sido comprada para adaptar al cine. La propia Christa Faust se está encargando actualmente de escribir el guión.

# Reseñas breves

*A la cara* es toda una sorpresa que avanza imparable, propulsada por una energía salvaje y un espíritu deliciosamente incendiario. Escrita con bravura y cargada de un encanto avasallador, el debut de Christa Faust en el género negro es el equivalente literario de un cóctel Molotov.

**MEGAN ABBOT, AUTORA DE *QUEENPIN***

Christa Faust escribe con total convicción. *A la cara* es un libro duro y oscuro, lleno de estilo e inventiva, que no hace sino crecer hasta llegar a un desenlace arrollador.

**ALLAN GUTHRIE, AUTORA DE *EL PEOR DÍA***

*A la cara* me atrapó desde la absorbente escena inicial en el maletero y ya no me soltó hasta el final. Esta novela es tan convincente que a una le gustaría creer que Faust ha sido una máquina de matar desnuda y loca por el sexo al menos una vez en la vida.

**VICKI HENDRICKS, AUTORA DE *CRUEL POETRY***

*A la cara* consigue que la mayoría de las novelas policíacas parezcan tan excitantes como la postura del misionero un martes por la noche. El resultado es deslumbrante.

**DUANE SWIERCZYNSKI, AUTOR DE *THE BLONDE***

Posee un talento ferozmente original y una voz propia sorprendente.

**RICHARD C. MATHESON**

Una novela negra incisiva y escrita con gran estilo. Absorbente.

**RAMSEY CAMPBELL**

*A la cara* es una novela pulp inteligente, perspicaz, acelerada y sobrada de estilo, caracterizada por un humor de lo más afilado y una heroína imbatible. Christa Faust es una escritora superior dentro del género criminal.

**JASON STARR**, AUTOR DE *PANIC ATTACK*

Maravillosamente escandaloso, con actitud a raudales y un afecto genuino por las mejores tradiciones del género. Christa Faust sí que sabe lo que hace.

**MAXIM JAKUBOWSKI**, AUTOR DE *KISS ME SADLY*

Christa Faust demuestra con este escabroso thriller ambientado en los rincones más oscuros de la industria del porno que es capaz de jugar en primera división junto a los grandes nombres del género. ¡Me encantó!

**McKENNA JORDAN**, *MURDER BY THE BOOK*

Una nueva y joven tigresa. La “primera dama” de Hard Case Crime.

**RICHARD S. PRATHER**

Christa Faust es como la única morena en un mundo de rubias.

**QUENTIN TARANTINO**

Un clásico instantáneo del pulp.

**ROLLING STONE**

# Recortes de prensa

## EL LIBRO DE LA SEMANA: A LA CARA

DAVID J. MONTGOMERY

*THE CHICAGO SUN-TIMES*

Hard Case Crime ha publicado su primer libro firmado por una mujer (¿no estará Christa Faust harta a estas alturas de que todo el mundo diga lo mismo?) y ha resultado ser una novela violenta y repleta de acción. Angel Dare, una antigua estrella porno convertida en empresaria, se despierta abandonada en el maletero de un coche tras haber sido golpeada y tiroteada... Y las cosas empeoran a partir de ahí. No puede decirse que el argumento de *A la cara*, una fantasía de venganza protagonizada por una persona inocente obligada a darse a la fuga, sea inaudito, pero el ritmo es rápido y la prosa vigorosa. El contenido es duro, así que este libro no será para todos los públicos. Pero aquellos a quienes les gusta el género negro bien negro, *A la cara* es una de las mejores novelas originales publicadas por Hard Case Crime.

## FRENÉTICA Y FASCINANTE

*THE MISTERY SITE*

*A la cara* llega con mucha violencia y una fantástica historia de ritmo frenético, típica del género negro y mucho mejor que la mayoría. La diversión y la emoción no decaen en un solo párrafo. Yo creía conocer o haber leído prácticamente todas las clases posibles de novela policíaca, pero este thriller de Christa Faust publicado por Hard Case Crime es algo totalmente nuevo. *A la cara empieza* con una mujer muerta que sale del maletero de un coche y lo bueno no ha hecho sino empezar: “Volver de entre los muertos no es tan fácil como lo muestran en las películas” es la primera frase de *A la cara*, de Christa Faust, y un buen resumen de la novela. Angel Dare, antigua estrella porno y actual dueña de una agencia de modelos es dejada por muerta en el maletero de un coche. Antes de poder reincorporarse al mundo de los vivos tendrá que descubrir quién ha intentado matarla y por qué. Dare es una tipa dura e inteligente que contará en su búsqueda con la ayuda del responsable de seguridad de su agencia, el ex policía Lalo Malloy.

A través de Angel Dare, Christa Faust nos abre las puertas de la industria del cine X y muchos de sus aspectos más indeseables, aunque no tanto como para que lo único interesante de la novela sea sólo la ambientación. Si Dare ha sobrevivido nueve años en este negocio es porque es inteligente, fuerte y decidida, cualidades todas ellas de las que tendrá que hacer uso si pretende, literalmente, recuperar su vida. Angel Dare es uno de los personajes de género negro más interesantes y originales con los que me he topado en mucho tiempo.

Sin duda, Christa Faust sabe enhebrar un misterio fascinante. Tiene buen ojo y escribe muchos pasajes que, además de sonar bien en boca de su personaje, son interesantes puntos de vista sobre el mundo: “Odio los centros comerciales. Son como locales de striptease para mujeres. Todo provocación y relumbrón y la vana promesa de que, si sueltas suficientes billetes, de algún modo acabarás satisfecha”.

Es una lectura emocionante, original, con ritmo y cautivadora. También es mi libro favorito hasta el momento de entre los aparecidos en la colección de Hard Case. A la cara podría ser una película estupenda. No me sorprendería que Traci Lords comprase los derechos.

#### **UNA LECTURA PROVOCATIVA**

**MEL ODOM**

*BLOG CRITICS*

Desde la primera página, *A la cara*, de Christa Faust, es una lectura provocativa. La protagonista, Angel Dare, es una actriz porno semirretirada que dirige una agencia de modelos que proporciona chicas jóvenes a una industria que las devorará vivas si no se andan con ojo. Angel, sin embargo, es un personaje que cae simpático, ya que se toma un interés personal por sus chicas e intenta guiar sus carreras para que eviten los malos tratos y la drogadicción. En cualquier caso, Hard Case Crime promociona su colección de novela negra como lecturas llenas de acción, adrenalina y giros sorprendentes, no como tratados psicológicos. Y si la mayoría de novelas criminales suelen girar en torno al dinero, el sexo y el poder, Faust trata los tres temas... a mansalva. Ya desde la secuencia inicial en la que Angel Dare decide rodar una última escena porno (tras habersele prometido salir en la carátula, algo al parecer bastante importante en el negocio), tuve la sensación de encontrarme ante un viejo recurso del género: el del ladrón que decide aceptar un último trabajo a pesar de que sabe que no debería. Muchos autores le han sacado partido al concepto y Faust exprime con habilidad todo lo que puede llegar a dar de sí. A continuación, le da una nueva vuelta de tuerca subvirtiéndolo por completo.

La narración de Faust, escrita con una sensibilidad femenina inaudita en este tipo de historias, resulta sumamente original, pero tampoco escatima golpes, que se suceden a cada cual más violento con malévolos entusiasmos. Debo reconocer que algunas escenas



me dejaron mal cuerpo, particularmente aquellas que describen el maltrato a mujeres, pero también en esos momentos demuestra la autora su brillantez. Es cierto que algunas víctimas de violación quedan tocadas de por vida, pero no todas se derrumban. Angel Dare es de las que no.

Tras haber escapado a una muerte segura y dejándose llevar por su rabia furibunda, Angel se dispone a vengarse. Fiel a las convenciones del género, no sabe por qué le han tendido una trampa ni por qué han intentado matarla. Pero está decidida a obtener todas las respuestas. Uno de los aspectos que más me gustó del personaje de Angel fue que no tuviera ningún tipo de entrenamiento violento: ni tiene una gran experiencia en el manejo de armas ni es una artista de las artes marciales, sino sólo una mujer muy motivada a la que no le han dejado otra vía de escape.

El de Angel es un mundo lleno de violencia aterradora y de sexo sórdido. Faust no embellece el mundo del porno, pero parece tratar con ecuanimidad a todos los implicados. Además incluye cantidad de revelaciones sobre el mundillo que como mínimo le resultarán interesantes a la mayoría de los lectores. Los diálogos son sinceros, directos y sorprendentemente reveladores. En resumen: *A la cara* es uno de los mejores libros que he leído hasta la fecha de entre los publicados por Hard Case Crime.

# Entrevista con la autora

**Tienes tendencia a buscar unos entornos bastante originales para tus novelas: el mundo de la lucha libre mexicana para *Hoodtown*, la industria del porno para *A la cara*... ¿Cómo te decides por unos u otros?**

De vez en cuando me topo con ciertos temas que capturan mi interés por completo y las novelas nacen como una extensión de esa obsesión. *Hoodtown* es un poco diferente, porque aunque el concepto está basado en las máscaras de la lucha libre mexicana, también interviene un elemento fantástico. Tiene un par de grados de separación con la realidad.

**A veces, cuando un escritor descubre un mundillo apasionante, corre el riesgo de dejarse llevar por la ambientación. Todo lo que rodea a la acción es tan fascinante que la abundancia de detalles puede acabar ahogando la historia. No es el caso en tus novelas. ¿Te ves obligada alguna vez a contenerte, a dejar de lado aspectos interesantes que sientes que deberías ignorar por el bien de la novela?**

Nunca se me ocurriría escribir a partir de una lista de detalles que tienen que salir sí o sí. Lo que me interesa es capturar la sensación y el sabor único de cada uno de esos mundos para luego poder crear escenas realistas. También utilizo un narrador en primera persona muy directo y coloquial tanto en *A la cara* como en *Hoodtown*, ya que me parece un modo estupendo de explicarle a un lector cosas con las que no está familiarizado. La sensación es más la de una conversación íntima y natural acerca del tema que una tesis.

**¿Qué tipo de investigación sueles realizar antes de entrar de lleno en el proceso de escritura de tus novelas?**

En mi opinión lo más importante para un escritor es ser un buen oyente, y el mejor modo de estudiar un tema es encontrar individuos que se dediquen a aquello que te interesa y pasar algún tiempo con ellos. Y escucharles con atención. Si eres respetuosa, no les juzgas y te muestras genuinamente interesada, puedes conseguir que prácticamente cualquiera se abra a ti.

**¿Qué tiene el género negro que te atrae como lectora y qué tipo de cosas crees que te permite hacer como escritora?**

Me fascina el lado desagradable de la naturaleza humana. Desesperación. Traición. Avaricia. Obsesión. También me intrigan los matices de gris. Gente buena que hace cosas horribles por motivos nobles. Gente mala que hace cosas nobles por motivos egoístas. Ese es el tipo de personajes que me interesan tanto como lectora como escritora. Aunque tiendo a categorizar mi obra más como *hardboiled* que como auténtico género negro, creo que escribir dentro de la zona más oscura de todo el espectro de la narrativa criminal te permite enfrentarte a las verdades incómodas que se ocultan bajo la superficie de una sociedad aparentemente educada.

**¿Estás de acuerdo en que ahora mismo existe una nueva hornada de escritoras, como Vicki Hendricks, Megan Abbot y tú misma, que está forzando los límites del *hardboiled*? ¿Qué cambios crees que estáis aportando a este género tradicionalmente dominado por los hombres?**

Sí que lo creo, sí. Y no puedo hablar por otras escritoras, pero en mi caso particular lo que pretendo es retar tanto a los lectores como a las lectoras a que lean más allá de su zona de seguridad tradicional. Quiero que los hombres lean sobre la imagen que tienen las mujeres de su cuerpo y sobre el miedo a envejecer. Quiero que las mujeres lean sobre la verdadera brutalidad de la violencia contra las mujeres que se comete a diario en todo el mundo. También me atrae la idea de darle la vuelta a los arquetipos tradicionales del género.

**He leído en tu blog esta frase: “Cuando tenía 13 años, lo que más deseaba en el mundo no era un joven EMO casto y sensible que me observara con adoración mientras dormía. Lo que quería era a Conan el bárbaro atado a una cadena”. ¿Cómo crees que destaca *A la cara* en un momento en el que la cultura popular parece tomada al asalto por toda una oleada de productos asexuados y descafeinados?**

Todo este rollo de los vampiros eunucos que brillan como purpurina me parece bastante risible, pero no creo que se pueda comparar directamente *A la cara* con *Crepúsculo*, sería como comparar huevos y caracoles. Creo que *A la cara* puede ser leído por muchos tipos de lectores distintos, pero desde luego las adolescentes no son mi público objetivo. Una cosa sí diré, y es que me parece deprimente que la fantasía más extendida entre las adolescentes de ahora sea tan simple como ser elegidas por un chico especial. Cuando yo tenía su edad, me gustaba imaginar que era yo la que tenía el poder de elegir a quien me diera la gana.

**Sé que todavía es muy pronto para hablar en profundidad del tema, pero ¿qué puedes contarme sobre la película de *A la cara*? Estás escribiendo el guión tú misma, ¿verdad? ¿Qué diferencias estás encontrando entre lo que fue la redacción de la novela y el proceso de adaptación?**

El principal es que siempre hay elementos que funcionan sobre la página que no funcionan en la pantalla. No sólo eso, sino que además trabajar para el cine es un esfuerzo en colaboración que requiere de cierta habilidad para dejar tu ego a un lado. En el libro, yo estaba al cargo de hasta el último detalle. En una adaptación participan otras personas y cada una de ellas aporta sus propias ideas a la mezcla. Es más bien un trabajo en equipo.

**Hablando de películas, ¿cuáles son tus tres películas de género negro favoritas?**

La primera, sin ninguna duda, *Noche en la ciudad*. Las otras dos podrían ser *En un lugar solitario* y *El crepúsculo de los dioses*.

**¿Y tres novelas?**

*Donkey Punch* de Ray Banks, *Out* de Natsuo Kirino, y *Pick Up* de Charles Willeford. Pero vuelve a preguntármelo dentro de 10 minutos y estoy segura de que se me habrán ocurrido otros tres distintos.

**Por último, dime algunas canciones que a tu juicio podrían servir como la perfecta banda sonora de *A la cara*.**

Me parece una pregunta interesante, porque el caso es que yo nunca escucho música ni mientras escribo ni mientras leo. No sólo eso, sino que además creo que la música es algo profundamente personal, de modo que lo que podría parecer perfecto para mí podría ser una elección completamente equivocada para ti. Nunca me atrevería a ser el pinchadiscos de las películas en la cabeza de otro.

# A la cara

CHRISTA  
FAUST

Un libro duro y oscuro, lleno de estilo e inventiva, que no hace sino crecer hasta llegar a un desenlace arrollador.

—ALLAN GUTHRIE

TÍTULO ORIGINAL:  
*Money Shot*  
Hard Case Crime  
Nueva York, 2008

1ª EDICIÓN: MARZO 2010

Publicado por  
ES POP EDICIONES  
Mira el río alta, 8 - 28005 Madrid  
[www.espop.es](http://www.espop.es)

En coedición con  
VALDEMAR [ENOKIA S.L.]  
Gran Vía, 69 - 28013 Madrid  
[www.valdemar.com](http://www.valdemar.com)

© 2008 by Christa Faust  
© 2010 de la traducción: Óscar Palmer Yáñez  
© 2010 de esta edición: Valdemar / Es Pop

CORRECCIÓN DE PRUEBAS:  
Ana García de Polavieja Embid

DISEÑO Y MAQUETA:  
El Pulpo Design

LOGO:  
Gabi Beltrán

IMPRESIÓN:  
Huertas

Impreso en España  
ISBN: 978-84-937771-0-4  
Depósito legal: M-4738-2010

Volver de entre los muertos no es tan fácil como lo muestran en las películas. En la vida real tardas una eternidad en conseguir pequeñas cosas como simplemente abrir los ojos. Dedicas horas de un dolor atroz a intentar doblar hacia abajo el dedo medio lo suficiente como para tocar la cuerda que te rodea las muñecas. Más tiempo aún para adivinar que el objeto frío y duro que se te clava en la mejilla es el mango de unos cables de arranque. No es que puedan considerarse precisamente escenas de cine de acción. Además, luego están los largos y aburridos intervalos en los que lo más probable es que los espectadores aprovechen para ir a mear o a comprar palomitas, ya que no parece estar sucediendo nada y quizá supongan que, después de todo, sí hayas muerto. Al cabo de un rato, tú misma te lo empiezas a preguntar. También te preguntas qué sucederá si vomitas sobre el trapo aceitoso y la cinta adhesiva con los que te han amordazado o cuánto tiempo tendrá que transcurrir para que alguien se percate de tu desaparición. Por lo demás, principalmente te dedicas a sangrar, intentando no volver a desmayarte o sumando laboriosamente los cables, la oscuridad cargada y maloliente, la moqueta rasposa bajo tu cuerpo y el metal hueco que te cubre,

hasta identificar tu localización actual: el maletero de un viejo y desvencijado coche. Al menos así es como fue para mí.

Estoy segura de que te estarás preguntando qué hacía una chica maja como yo encerrada y dejada por muerta en el maletero de un Honda Civic de mierda abandonado en un erial industrial al este de Los Ángeles. O quizá ya nos conozcamos y te estés preguntando por qué no me había pasado antes.

Me llamo Gina Moretti, pero tú probablemente me conozcas como Angel Dare. No te preocupes, no se lo diré a tu mujer. Hice mi primera película para adultos a los veinte años, a pesar de que mentí frente a la cámara y dije tener dieciocho. Era el primer volumen de *Jóvenes y viciosas*, la célebre serie protagonizada por actrices primerizas ideada y dirigida por Marco Porno. La mía era sólo una entre cinco escenas incluidas en la película, pero no cabe duda de que fui la actriz que más llamó la atención. ¿Qué puedo decir? Sé cuáles son mis puntos fuertes. En menos de dos semanas tenía un contrato con Vixen Video, y antes de darme cuenta ya estaba en el Canal Playboy protagonizando pequeños episodios fotografiados con difusor a cambio de más dinero del que había estado ganando en casa en todo un año. Una Cenicienta del porno. Pero al contrario que muchas de las chicas junto a las que trabajé, yo fui lo suficientemente inteligente como para mantenerme alejada de las drogas, ahorrar hasta el último centavo y retirarme antes de que mi conejo acabara hecho una calabaza.

Mi problema es que no supe mantenerme alejada. Igual que las viejas glorias de la lucha libre y los ladrones de joyas, fui incapaz de resistirme a un último bis. Cuando le dije que sí a Sam Hammer, no podía sospechar que acabaría metida en un maletero.

Sam es un viejo amigo. Una de las escasas y genuinas buenas personas que quedan en la industria. Una especie de mezcla entre Papá Noel y John Holmes, prácticamente sexagenario, fornido y alegre, con una coleta plateada y la barba cuidadosamente recortada. Era la clase de hombre que siempre tenía un sofá en



el que echarse o un hombro sobre el que llorar, un préstamo hasta que llegara el siguiente cheque o un conocido capaz de arreglarte el retrete por poco dinero. Diría que fue como un padre para mí, pero eso sonaría raro teniendo en cuenta que protagonizamos un par de escenas juntos, antes de que él pasara a trabajar exclusivamente al otro lado de la cámara. Mejor no pensar en cuánto tiempo ha pasado desde entonces.

Sam siempre fue un perfecto caballero, simpático, respetuoso y tan fiable como el mecanismo de un reloj. Una hazaña nada fácil en aquellos tiempos en los que la Viagra aún no había pasado a ser la espina dorsal de la industria, por así decirlo. En una época en la que de verdad hacía falta recurrir a las astucias femeninas para que los trenes salieran a tiempo, un hombre como Sam, capaz de alzarse y descargar a voluntad, valía su peso en oro. Ahora todo está lleno de tipos que engullen Viagra y Cialis como si fueran caramelos y que se inyectan Caverject en la maquinaria para levantar la grúa. Las mejoras de la química.

Los rodajes de Sam Hammer siempre eran una fiesta. Nunca había presión alguna. Sam estaba casado con Busti Keaton, toda una leyenda gracias a sus pechos naturales de copa triple D, protagonista de la serie *Patas arriba* y de *La guerra de las mamellas*. Busti siempre preparaba cantidades ingentes de la mejor comida casera y recorría el plató asegurándose de que nadie tenía demasiado calor o demasiado frío, de que nadie se sintiera incómodo en lo más mínimo. He participado en cantidad de películas que únicamente podían considerarse trabajos o algo aún peor. Los rodajes de los Hammer nunca parecían un trabajo. Más bien eran alegres barbacoas dominicales en las que sencillamente se filmaba a gente follando.

Sam podría haber dado con facilidad el salto a Hollywood. Tenía buen ojo para la composición y escribía guiones originales e ingeniosos que realmente conseguían mantener tu dedo alejado del botón del avance rápido. Pero todos sabíamos que Sam nunca

dejaría la industria. Estaba metido en ella de por vida. Le gustaba demasiado pasarse el día rodeado de chicas desnudas como para labrarse una carrera legítima. Gran parte de los directores de cine porno no son sino patanes aburridos de la vida que se pasan la mayor parte de la filmación metiéndose rayas o hablando por el móvil, pero Sam no era así. Su entusiasmo resultaba contagioso.

Cuando llamó, yo estaba teniendo uno de esos días. Uno de esos días en los que ves asomar los cuarenta a la vuelta de la esquina y eres incapaz de dejar de mirarte al espejo. Uno de esos días en los que comparas lo que ves ahora con la imagen de aquella veinteañera perfecta, inmortalizada digitalmente mientras daba botes sobre Marco Porno. Ahora mismo estoy en mejor forma física que nunca, voy seis días a la semana al gimnasio y practico *kickboxing* para liberar el estrés, pero no hay número de abdominales en el universo capaces de invertir el efecto de la gravedad, las patas de gallo o el hecho de que tengo que usar un tinte para el pelo que promete «cubrir las canas al 100%». Tampoco me malinterpretes. Tengo un ego prácticamente a prueba de bomba, pero dirijo Daring Angels, una elegante agencia de modelos para la industria del cine para adultos situada en Van Nuys, y pasarme el día rodeada de preciosas chavalas de diecinueve años en ocasiones acaba afectándome. Consiguen que una chica se sienta como un titular de la semana pasada.

Cuando llamó Sam, me encontraba de perfil frente al espejo de cuerpo entero que tengo junto a mi escritorio, desnuda de cintura para arriba. Siempre me he sentido orgullosa de haberme negado a operarme las tetas. He visto a demasiadas mujeres hermosas echadas a perder por culpa de espantosos implantes estráxicos dignos de un Frankenstein. Sin embargo, aquel día estaba sopesando mis atributos con las palmas de las manos y preguntándome si, quizá, después de todo, no les iría bien una pequeña reafirmación quirúrgica.

Hice entrar en el despacho a mi recepcionista, ayudante y

mamá oca personal. Didi había sido célebre en los días de *Garganta profunda*, a pesar de que si la vieras ahora nunca lo habrías dicho. Mide uno cincuenta pelados, tiene cincuenta y dos años y un rostro dulce y sencillo, como el de tu maestra favorita. Pero bajo ese exterior para todos los públicos, se esconde una veterana de la vieja escuela del cine X que habla sobre sexo igual que otras personas hablan del tiempo. Al teléfono tiene una voz ronroneante y sensual que consigue que prácticamente a diario le pidan citas los hombres que llaman para contratar a nuestras chicas. Más de la mitad de las veces dice que sí, y a pesar de que puede que los haya que hagan mutis por el foro al verla aparecer, dudo que ninguno de los tipos que mantienen la cita tengan nada que lamentar al final de la noche. Didi era probablemente lo mejor que me había pasado en la vida. No quiero ni pensar cómo habría podido dirigir la agencia sin ella. Se asomó por la puerta con su brillante bolso de vinilo colgado de un brazo y la manga de su chaqueta rosa de cuero metida en el otro.

—¿Qué pasa, jefa? —dijo—. Me estaba yendo ya. Esta noche tengo una cita que promete.

Bajó la mirada hacia mis pechos expuestos y soltó un bufido.

—¿Quieres dejarlo ya?! No necesitas una *maldita* operación.

—Pásalo bien, Didi —sonreí—. Nos vemos mañana.

Didi me lanzó un beso y se marchó. Volví a mirarme en el espejo. Sabía que tenía razón, pero aun así...

Cuando oí el trino electrónico de mi teléfono, di un saltito, como si de alguna manera me hubieran sorprendido con las manos en la masa.

—Daring Angels —dije.

—Angel, cariño —sólo oír el familiar gruñido de Sam bastó para animarme—. ¿Cómo estás, guapa?

—Mejor que nunca —respondí dándole la espalda al espejo y cogiendo mi *pushup* del respaldo de la silla—. ¿Y tú?

—Como siempre. Ya sabes. Haciendo pelis guarras.

—¿Qué tal Georgie? —pregunté, sosteniendo el teléfono entre la mejilla y el hombro mientras me abrochaba el sujetador alrededor de las costillas.

Georgie era el verdadero nombre de Busti Keaton. Debería haber percibido su nerviosa y breve pausa y la arrastrada tensión en su voz al responder, con demasiada rapidez:

—Bien, está muy bien. Oye, Angel, tengo que pedirte un favor.

—Lo que quieras, Sam —dije dándole la vuelta al sujetador y metiendo los brazos entre los tirantes, devolviéndolo todo a su lugar. Le eché un vistazo a mi reflejo. Mucho mejor.

—Tengo que hacer una película con Jesse Black —explicó Sam—. La actriz principal, una chica nueva, me ha dejado tirado, y sólo tenemos alquilado el set por dos horas más.

Asentí y me incliné sobre el portátil para abrir la agenda.

—Vale —dije ojeando el calendario de rodajes—. Tanto Zandora Dior como Kyrie Li están ahora mismo trabajando fuera de la ciudad, pero Sirena, Coco Latte y Roxette DuMonde están disponibles. Si no, tengo también a una chavala nueva, Molly May. Una auténtica belleza, pelirroja de verdad, felpudo a juego con las cortinas. Pequeñita y pizpireta. Tipo vecinita de al lado, pero no le falta glamour. Eso sí, usa una copa B. No será una peli de tetudas, ¿verdad? Ahora mismo sólo tengo una doble D, Bethany Sweet, y ya tiene un compromiso para hoy.

—Lo cierto es que Jesse te ha pedido a ti —dijo Sam.

—Venga ya —repliqué riendo nerviosamente y volviéndome una vez más hacia el traicionero espejo—. Sam, sabes que estoy retirada.

—Angel, por favor, necesito que me ayudes, de verdad. Jesse ha amenazado con abandonar el rodaje y le he prometido que podría conseguirle a la chica que más le apeteciese. Y quiere a Angel Dare. Dice que creció con tus películas, que eres su actriz favorita desde que tenía quince años.

A todo esto hay que tener en cuenta que Jesse Black era

probablemente el nuevo talento masculino más pujante de toda la industria. Veintiún años, guapo como una estrella de Hollywood y legendario por debajo de la cintura. Ojos del azul más azul. Sonrisa de chico malo. Más de la mitad de las mujeres que habían acudido a mí en busca de trabajo en los últimos seis meses afirmaban haberse metido en el porno específicamente porque querían trabajar con Jesse Black. Y ahora Jesse Black quería trabajar conmigo.

—Es un poco imprevisto, Sam —dije, a pesar de que mi mente ya estaba repasando impudicamente todos los detalles de la famosa anatomía de Jesse.

—Nada de sexo anal —respondió Sam—. Sólo una sencilla y tradicional escena chico y chica con remate a la cara. Puedo ofrecerte mil quinientos más la carátula. Será como en los viejos tiempos.

Tuve que reconocer que era una oferta tentadora. Un trabajo sencillo, más Jesse Black, más hacerle un favor a Sam, más mil quinientos dólares y una carátula con la que darle un buen subidón a mi ego. Una prueba fehaciente de que quien tuvo, retuvo. Notaba que mi resistencia empezaba a flaquear, pero tenía que seguir intentándolo.

—Ahora mismo no tengo ningún test médico al día —dije—. El último es de hace casi siete meses.

—Puedes enviármelo por fax el lunes —dijo Sam—. Mira, vamos a dejarlo en dos mil.

—Sam... Yo...

—De acuerdo, dos mil quinientos. ¿Qué me dices? Ando bastante apurado, Angel. Mis últimos tres vídeos han sido un fracaso y como la cague también en este probablemente me despidan de Blue Moon. Pero con Angel Dare y Jesse Black en la carátula, tendría un éxito asegurado.

Sam empezaba a sonar desesperado. Si hubiera sido cualquier otro, probablemente me habría mantenido firme, pero

Sam siempre había estado ahí para mí cada vez que le había necesitado. Y nunca había hecho preguntas. Así que dije:

—De acuerdo, Sam. ¿Jesse sabe que no actúo sin condón?

—Claro —contestó Sam—. No hay problema. Mira, mejor te lo paso, ¿vale?

—Espera —dije, pero ya era demasiado tarde.

—¿Angel? —dijo otra voz—. ¿Angel Dare?

—La misma que viste y calza —dije—. ¿Eres Jesse?

—Sí —respondió él—. Angel Dare, guau. No puedo creer que esté hablando contigo.

—Pues sí soy yo, sí —añadí, sin que se me ocurriera otra cosa que decir.

—Dios, no sabes cómo me pones —dijo—. Te juro que debí terminar desgastando, yo qué sé, tres copias de *Double Dare*. La escena que hiciste con Nina Lynn en la ducha... Buf.

Jesse dejó escapar un pequeño y jadeante ronroneo.

—Gracias —dije observando nuevamente mi reflejo. En la época en la que filmamos *Double Dare*, Jesse probablemente aún pensaba que las niñas eran asquerosas. Me parecía descabellado que un crío como él pudiera ponerse cachondo conmigo—. Tú tampoco estás nada mal, chaval.

—¿Lo harás? —preguntó Jesse—. Por favor, di que sí. Será como hacer realidad mi mayor fantasía. Yo con Angel Dare.

—Bueno...

—Haré que lo disfrutes, Angel —dijo con tanto fervor adolescente como el de mi primer novio—. Te lo prometo.

—Ponme otra vez con Sam, ¿quieres?

El teléfono cambió rápidamente de manos y la voz de Sam volvió a sonar al otro lado de la línea.

—Venga, Angel —dijo Sam—. Alégrale el día al chaval. Como no vengas pronto, es capaz de ponerme a mí a cuatro patas.

Dejé escapar un suspiro y cogí un bolígrafo.

—¿Cuál es la dirección?

La localización era una de esas viejas y tétricas mansiones de Bel Air. Ostentosa, pero sus mejores días habían quedado atrás. El dinero es muy veleidoso aquí en Los Ángeles, y una vieja casa es como una amante envejecida y adicta a la cirugía plástica. Sale más económico comprarse una nueva, llamativa y barata, que seguir manteniendo la vieja. De otro modo, acabas viéndote obligado a alquilarla para rodajes porno sólo para poder pagar la última reparación del tejado.

Un par de retorcidos granados custodiaban la puerta de entrada y cubrían el suelo de rotos frutos rojos que crujieron y reventaron bajo las ruedas de mi pequeño Mini negro. Mientras recorría el camino de entrada circular, se me ocurrió que de un momento a otro vería a Norma Desmond enterrando a su chimpancé entre los descuidados rosales. Me sentí mejor tan pronto como vi el Corvette rojo del 84 de Sam, con su matrícula personalizada: HAMRXXX. Estaba aparcado junto a una enorme puerta de madera con aspecto de dar a una mazmorra medieval española. Aparqué detrás de Sam y cogí mi vieja maleta de rodajes del asiento del pasajero. Había otro par de coches que no reconocí aparcados frente al de Sam, uno de alquiler de tamaño

medio y un exageradísimo Ferrari negro tuneado que tenía que ser de Jesse. Justo el tipo de coche que anunciaba a gritos «pito de alquiler». Estacionado frente al Ferrari estaba el machacado Honda Civic azul con el que pronto iba a familiarizarme de manera íntima.

Desde entonces he pasado mucho tiempo repasando una y otra vez aquellos breves minutos en el camino de entrada, preguntándome por qué no sospeché nada, por qué me metí de cabeza como una ingenua paleta recién llegada de Indiana. Intento convencerme a mí misma de que el motivo fue que confiaba en Sam, porque hacía casi veinte años que éramos amigos, pero si soy sincera tengo que admitir que eso sólo lo explica en parte. Lo cierto es que me había puesto cachonda. Toda la sangre del cerebro me había bajado a la entrepierna. Había mantenido un rollo semirregular con un bajista de un grupo de *rockabilly* que había durado casi seis meses, pero hacía poco había pasado a ser rutinario y predecible y yo había decidido partir en busca de pastos más verdes. Llevaba ya tres semanas sin comerme un rosco. Y en aquel momento me descubrí a mí misma rodeada de una embriagadora niebla hormonal, comportándome como una rubia tonta sólo ante la idea de poner a prueba el esbelto y musculoso cuerpo de veintiún años de Jesse Black. De modo que me metí, con la entrepierna por delante, directamente en la trampa.

Las ruedas de mi pequeña maleta saltaron sobre las grietas del pavimento y el eco solitario pareció excesivamente ruidoso al resonar en el patio desierto. La puerta estaba abierta. Pensé que podrían estar rodando alguna escena de diálogo o insertos, de modo que no llamé. Me limité a entrar en silencio.

Lo primero en lo que me fijé fue en que no había mobiliario. Era una estancia enorme y vacía con un techo de catedral, suelos de baldosas españolas y un pesado candelabro de hierro colgado de una cadena, idéntico a los que solía utilizar el Zorro



para balancearse sobre las cabezas de los malos. Había varios ventanales, pero estaban cubiertos con plástico opaco, por lo que apenas dejaban entrar una leve y amortiguada fracción del sol de la tarde. Olía a pintura fresca.

—¿Angel? —llamó la voz de Sam desde lo alto de una elegante escalera curvada—. ¿Eres tú?

—Sí —respondí alzando la mirada y entrecerrando los ojos.

—Estamos aquí arriba —dijo Sam.

Empujé hacia abajo el asa retráctil de mi maletita y la levanté para subirla escaleras arriba. Afortunadamente, estaba prácticamente vacía. Sam había dicho que sólo necesitaría lencería y unos zapatos de tacón, de modo que había pasado un momento por casa para recoger un par de juegos y algunas medias, para que tuviera dónde escoger. Hace años que ya no guardo en todo momento en el armario bolsos de rodaje preparados de antemano, pulcramente organizados y clasificados con etiquetas como *fetichismo*, *guarronas* o *VDAL*, las siglas de Vecinita de al lado.

—¿Sam? —grité cuando llegué a lo alto de la escalera.

—¡Entra! —dijo la voz desde el extremo más alejado de un largo pasillo.

Había una puerta parcialmente abierta de la que surgía una luz brillante y me dirigí hacia ella. No había gruesos cables amarillos pegados con cinta aislante al suelo, ni habitaciones adyacentes repletas de chavalas con la risa tonta empolvándose las cicatrices de los implantes y pegándose pestañas postizas. No había nadie holgazaneando, fumando o charlando por el móvil. Sólo aquel largo y vacío pasillo. Me gusta pensar que en ese momento empecé a albergar algunas dudas, pero el caso es que no me marché. Me limité a abrir por completo la puerta y entré sin pensármelo dos veces.

La habitación situada al final del pasillo estaba prácticamente vacía salvo por una cama de hierro forjado con un colchón desnudo cubierto de plástico. Sam estaba apoyado contra la pared

más alejada, junto a una chimenea vacía. Había otros dos tipos a los que no reconocí, pero tampoco me fijé demasiado en ellos, ya que Jesse estaba esperando justo junto a la puerta con un aspecto de lo más apetitoso, con el oscuro pelo estudiadamente desarreglado. Sus ojos azules lanzaban chispas. Estaba deseando empezar. Vestía unos pantalones de cuero tan bajos en las caderas que, de no habérselo afeitado, se le habría podido ver el pelo púbico, y había dejado al descubierto su espigado y contorneado torso, lustrado por unas gotas de sudor que remarcaban la perfección simétrica de todos sus músculos. Se acercó a mí, me miró de arriba abajo con admiración y sonrió.

—Angel Dare —dijo—. Guau. Estás increíble. Esto va a ser genial.

Bajó la mano y se apretó la parte más famosa de su anatomía a través de los ajustados pantalones de cuero. Luego me dio un puñetazo en la cara.

No perdí el conocimiento, pero me dolió horrores y todo pasó a ser rojo y acuoso. Noté unas rudas manos sobre mi cuerpo, que me arrancaban la ropa y me arrojaban sobre un plástico arrugado y pegajoso, y una cuerda áspera alrededor de las muñecas y los tobillos. Y lo primero que pensé en una especie de delirio fue, *Bondage, ¿están locos? ¡A nadie se le ocurriría rodar bondage y sexo en una misma escena!*

Luego el dolor fue concentrándose hasta converger en una desagradable palpitación en el costado izquierdo del rostro y por fin fui capaz de volver a ver, obligando a mi mente a superar la fase del *hostia puta* para pasar a analizar en qué tipo de lío me había metido exactamente. Debería haber sabido que algo olía mal tan pronto como Sam me había dictado la dirección de Bel Air. Nadie en la industria del porno se toma la molestia de ir a rodar hasta allí siempre y cuando pueda evitarlo.

Por lo que podía intuir, me habían atado de manera torpe y poco imaginativa, con los brazos y las piernas en cruz, boca arriba. Tenía la camisa y el sujetador subidos hasta la barbilla y la falda desgarrada hasta la cintura. No tenía ni idea de qué habría pasado con mis bragas. Jesse se alzaba a mi izquierda, con

esa expresión lobotomizada que se les pone a los tíos cuando se meten las manos dentro de los pantalones. Tras él pude ver a uno de los dos desconocidos, gordo y de mirada muerta, con la piel del color de una patata cocida y la complexión de un rinoceronte adicto a los esteroides. Llevaba unos ajustados guantes de cuero y no se había metido la mano en los pantalones. En vez de eso, agarraba a Sam del brazo, reteniéndolo cerca de la cama como a un niño travieso justo antes de recibir su castigo.

—Tienen a Georgie —dijo Sam en un tono de voz apenas audible—. Lo siento.

El rinoceronte le dio a Sam un coscorrón despreocupado que habría bastado para tirarlo al suelo si no lo hubiera tenido agarrado.

—¡Joder! —gritó Sam.

—Calla —le dijo el rinoceronte con suavidad, como si estuviera pidiendo una cerveza.

Sam cerró los ojos y agachó la cabeza.

Estaba a punto de decir algo realmente estúpido relacionado con la madre del rinoceronte cuando el otro desconocido se adelantó hasta quedar a la vista, justo a mi derecha. Supe entonces que el rinoceronte era el menor de mis problemas.

Era un tipo de esos a los que nunca ves venir. Invisible. Un cualquiera normal y corriente como los hay cientos. De estatura media, moreno, rasgos olvidables sobre una camisa olvidable y una olvidable corbata. Pero una vez que te fijabas en él, una vez que habías visto más allá de su blando caparazón de don nadie, una vez que le habías mirado a los ojos, resultaba evidente que se trataba de alguien muy peligroso. Emitía unas poderosas ondas de macho alfa ante las cuales todos los demás hombres de la habitación agachaban la cabeza al instante. No había duda posible de que se trataba del jefe.

—¿Dónde está el dinero? —preguntó.

Ni siquiera me molesté en decir *qué dinero* ni nada parecido.

Me limité a mirarle entornando los ojos, callada y furiosa y preguntándome qué iba a tener que hacer para salir de allí de una sola pieza.

El jefe me señaló con un movimiento de barbilla.

—Pregúntaselo —dijo.

Jesse sonrió y me asestó un enérgico rechazazo en el estómago. Pasé un par de segundos de pánico convencida de que iba a vomitar. Mi cuerpo intentó curvarse en torno al dolor, pero al tener los miembros atados me vi obligada a seguir extendida, ahogándome en una nauseosa agonía.

—No sé de qué me habla —dije o intenté decir. Lo que salió fue más bien un resuello sin aliento ni consonantes.

—Una chica ha entrado hoy en tu oficina con algo que no le pertenecía —dijo el jefe—. Un maletín. Cuando ha vuelto a salir ya no lo tenía. Sabemos que no está en la oficina ni tampoco en tu casa. Así que, ¿dónde está?

De inmediato me vino todo a la cabeza como en un torbellino mareante. La chica. La rubia nerviosa con el acento de Drácula que había entrado en mi despacho justo antes de la hora de comer y unas seis horas antes de la llamada de Sam. La que estaba buscando a una de mis modelos, Zandora Dior.

—Lia —había dicho que se llamaba, sentada frente a mi escritorio, perdida en el interior de una enorme camiseta del Los Angeles Lakers.

Sus grandes ojos verdes eran esquivos, su lenguaje corporal, tenso y urgente, su pelo, rubio, evidentemente teñido en una peluquería cara, y sus gruesas uñas, postizas, nuevas y brillantes, pero su cuerpo parecía desnutrido y fofo y tenía la piel estropeada, agrietada alrededor de su boquita de piñón. No llevaba maquillaje, pero supe que sería capaz de arreglarse lo suficientemente bien como para seguir rodando otros seis meses. La camiseta era tan larga como un vestido y le tapaba casi por completo la ajustada

falda negra que llevaba debajo, haciendo que pareciera como si se hubiera olvidado de ponerse los pantalones. El maletín descansaba entre sus dos grandes pies. Apenas me fijé en él.

—¿Tienes algún documento de identidad? —le había preguntado, estudiándola atentamente, observando sus piernas pálidas e infantiles y los lujosos zapatos de tacón, excesivamente elegantes como para conjuntar con aquella camiseta. Sólo vi problemas—. Si no tienes un permiso de conducir norteamericano no puedo hacerte ni siquiera tomas de prueba.

—No busco trabajo —dijo—. Busco a Lenuta Vasilescu. En las películas se llama Zandora Dior.

Volví a mirar de arriba abajo a la chica, preguntándome a qué vendría todo aquello.

—Zandora está de gira —dije.

Lia frunció el ceño como si no hubiera entendido lo que le estaba diciendo.

—Está fuera de la ciudad, de gira —le expliqué—. Ya sabes, bailando. En la carretera.

—¿Cuándo volverá? —preguntó Lia.

—El lunes —respondí yo.

—Oh —dijo Lia bajando la mirada hacia el maletín y retorciéndose los huesudos dedos en el regazo como si fuera una niña—. ¿Puede darme por favor su número de teléfono? Somos amigas, crecimos juntas en Brasov. Es muy importante. Necesito hablar con ella cuanto antes.

Quizá porque conocía el auténtico nombre de Zandora o porque era evidente que también era rumana, o quizá porque parecía tan pequeña y desesperada como un pajarillo con un ala rota, sentí el impulso de ayudarla. Ni de coña pensaba darle el número de móvil de Zandora, pero tampoco iba a limitarme a largarla con cajas destempladas, teniéndola como la tenía allí sentada con pinta de estar haciendo un esfuerzo para no echarse a llorar en cualquier momento.

—¿Quieres que le pase algún mensaje? —pregunté.

—Es... —la muchacha tragó con dificultad y bajó la mirada—. Es privado.

—Te diré lo que haremos —repliqué—. ¿Qué tal si le escribes una nota con tu número de teléfono y lo que quieras? Puedo enviársela a Zandora por fax al club en el que va a estar actuando hoy y así ella podrá ponerse en contacto contigo.

—De acuerdo —dijo Lia. Era evidente que mi solución no la había satisfecho, pero tenía demasiada prisa como para discutir—. ¿Me da un papel?

Le di un folio en blanco sacado de la impresora y un bolígrafo morado y brillante de Daring Angels. La muchacha se inclinó sobre mi escritorio y escribió rápido y con fuerza, como si estuviera intentando grabar las palabras en piedra. Era evidente que estaba escribiendo mucho más que un número de teléfono. De hecho, no vi nada que se pareciera en nada a un número. Sólo una caligrafía juvenil, retorcida y apretada, repleta de extraños ganchos y garabatos. Incluso del revés, pude percatarme de que no estaba escribiendo en inglés.

Me sentí un poco extraña enviándole a Zandora una nota sin saber lo que ponía en ella, pero después de todo, sólo era una nota. Incluso si al final resultaba ser algún tipo de loca amenaza o vaya usted a saber qué, Zandora no tenía por qué responder. No era como si le estuviera dando a la muchacha su número, ni tan siquiera informándole de qué club en concreto iba a recibir el misterioso mensaje. Pero al menos debería bastar para aplacar a la angustiada rubia lo suficiente como para sacarla de mi oficina. Su numerito del pájaro herido empezaba a ponerme nerviosa. Hacía que me sintiera como si debiera andarme con ojo, no fuera a haber gatos cerca.

Mientras preparaba una rápida portadilla y enviaba su nota al Eye Candy de Las Vegas, Lia se levantó y se deslizó como un fantasma hacia mi única ventana, para observar a través de la

persiana el mundano panorama de la aburrida y vacía avenida Vesper. Siguió así, inmóvil, mientras el fax pitaba y chuflaba y la nota lo atravesaba, hasta que salió escupida por el extremo inferior. Luego, cuando se apartó de la ventana, vi que su lenguaje corporal había cambiado sutilmente. Se comportaba de una manera anormalmente rígida y casi formal, como una viuda de Stepford de las pasarelas. Volvió su largo cuello y su inexpresivo rostro hacia mí, sin fijar la mirada en ninguna parte, y preguntó.

—¿Dónde está el cuarto de baño?

—Pasada la recepción, a la derecha —dije—. Didi te lo enseñará.

Lia asintió y recogió su nota de la bandeja del fax, abrió la cerradura con combinación de su maletín y lo abrió lo justo como para dejar caer dentro la hoja. Fui incapaz de ver qué más llevaba dentro, y francamente ni siquiera me esforcé demasiado, si bien no pude evitar fijarme en que la combinación del maletín era 666. Me hizo gracia, jamás la habría tomado por una aficionada al *death metal*.

Estudí su esbelta espalda mientras abría la puerta. Quizá pensase que era extraño que llevase un maletín de piel en vez de un bolso o quizá me limitara a alegrarme de perderla de vista. Ni siquiera dijo gracias, ni adiós.

Unos minutos más tarde, dos tipos entraron en mi despacho.

—¡No pueden entrar ahí! —les estaba diciendo Didi, pero ya estaban dentro.

El primer tipo que atravesó la puerta tenía un aspecto claramente eslavo tras sus marcados rasgos de comadreja. Estaba muy bronceado, vestía como una estrella del pop armenia y debía de ser unos cuatro centímetros más bajo que yo. Su compañero, más alto, en el umbral de la puerta, parecía más bien un paleta alimentado con mazorcas de maíz, con el pelo rubio en receso, ojos azules y fríos y un cuerpo gordo pero poderoso,



como el de esos tíos que arrastran camiones con los dientes. Su traje negro y sencillo denotaba que sólo le interesaban los negocios. Los negocios turbios.

—No contrato actores —les dije—. Inténtenlo en Eros, en Sherman Way.

—Qué graciosa —dijo el tipo con aspecto de comadreja. Evidentemente era el portavoz de la pareja y hablaba con un débil deje, ligeramente distinto al acento de Lia—. Buscamos a Lia.

—Precisamente acaba de irse —les dije.

—No la hemos visto salir del edificio —replicó el comadreja clavándome una mirada amenazadora como si hubiera aprendido a hacerlo viendo la televisión—. ¿A qué supones que se debe eso?

Se oyó un ruido en el cuarto de baño y el comadreja dirigió bruscamente su cabeza hacia el sonido como un depredador hambriento.

—Tenía que empolvase la nariz. ¿Verdad?

—Mire, no les conozco ni a ustedes ni a ella —dije—. Y no quiero saber nada de...

Antes de que pudiera terminar la frase, el paleta se había dirigido a grandes zancadas hacia la recepción, sorteó a una indignada Didi y abrió de una patada la puerta del baño.

—¡Hey! —gritó Didi.

El baño estaba vacío. Los caros zapatos de Lia estaban tirados en el suelo junto al retrete. La ventana estaba abierta, lo justo como para que una chavala escuálida se escurriera por ella. Mis oficinas estaban en el segundo piso. No era un salto imposible, a pesar de que aterrizar sobre el asfalto del aparcamiento que había al lado no podría haber sido nada agradable. Especialmente descalza. Tendrías que estar sumamente motivada para hacer algo así. Lia evidentemente lo estaba.

—Escuchadme bien, cabronazos de mierda —dijo Didi encarándose sin temor alguno con aquellos tipos, como un terrier

cabreado—. No sé quién cojones os creéis que sois, pero tenéis exactamente tres segundos para salir echando leches de aquí antes de que llame a la policía.

Los tipos apenas dieron muestras de haberla oído. La echaron a un lado y se marcharon sin decir palabra.

—¿A qué coño venía todo eso? —preguntó Didi.

—No tengo ni idea —respondí, mirando enfadada el cerrojo roto de la puerta del cuarto de baño—. Y francamente, tampoco quiero saberlo.

Por supuesto, en aquel momento no tenía ni idea de lo ciertas que iban a ser mis palabras. Horas mas tarde, tumbada atada a una cama, empapada en un sudor pegajoso que se estaba encharcando en el plástico bajo mi cuerpo y rodeada por una caterva de individuos a cada cual peor, quise saber menos aún.

# Una declaración de intenciones

**POR CHRISTA FAUST**

PUBLICADO ORIGINALMENTE EN *PULP PUSHER*

*A la cara* es un thriller pulp con un giro postmoderno femenino. *Yo, el jurado* con tetas. Sí, es sobre una estrella porno, pero al contrario que tantas otras incursiones en las entrañas de la industria del cine para adultos, esta estrella porno no es la típica víctima indefensa. En mi libro, es la heroína.

Tras casi una década en el negocio, la actriz Angel Dare ha cambiado el protagonismo ante las cámaras para trabajar tras ella, ayudando a otras jóvenes a manejarse en las peligrosas aguas del día a día en el cine X. Un viejo amigo llama a Angel para convencerla de que aparezca una última vez ante las cámaras, pero la situación degenera de tal modo que acaba dada por muerta en el maletero de un coche, acusada de un asesinato y enfrentada a varios hombres extremadamente malos.

Cuando creé el personaje de Angel Dare era muy importante para mí que no fuera una superheroína. No quería que dominase las artes marciales ni que fuese capaz de acertarle al as de picas a cincuenta pasos de distancia. Muchos de los personajes que pasan por mujeres fuertes en la ficción moderna son hilarantemente irreales. El mundo no necesita a otra tía superbuenorra y superdura capaz de lanzar al otro lado de la sala a seis tíos de cien kilos con sus delicados tacones sin estropearse el lápiz de labios. Quería escribir sobre la auténtica fuerza interior, sobre una mujer normal que carece de conocimientos especiales, forjada a fuego por la violencia perpetrada contra ella hasta se vuelve lo suficientemente dura como para devolverla del modo que pueda.

También quería retratar la muy vituperada industria del cine porno bajo una luz sincera y realista. Conozco a mucha gente de ese mundo, directores, montadores, actores y actrices, y rara vez he visto a alguien reconocible en esas historias morbosas y moralistas ambientadas en la industria del cine para adultos. Al contrario de lo que se cree popularmente, no todas las actrices porno son drogadictas o víctimas de abusos que necesitan que las rescaten de un destino peor que la muerte. No todos los productores son malvados depredadores que acechan entre las sombras esperando para echarles un rohipnol en la copa a una ino-

cente ninfa apenas adulta. Como cualquier otro negocio, la industria es sencillamente eso: un negocio. Hay tipos buenos y malos y de todas las clases de grises entre medias. Para mí, los grises hacen que la ficción sea mucho más interesante.

Ser la primera mujer que publica en Hard Case Crime ha sido un honor increíble, y con suerte me ayudará a abrir las mentes de muchos lectores reacios tanto de un sexo como del otro. Acabar con esos prejuicios preconcebidos que dictan lo que van a leer las mujeres en oposición a lo que van a leer los hombres. Quiero que las lectoras lean una novela llena de violencia dura y realista y escenas sin concesiones de un mundo que muchas mujeres preferirían que no existiese. Quiero que los hombres lean sobre un personaje femenino multidimensional y con defectos que se encuentra en una encrucijada en su vida e intenta hacer frente a su indeseada transformación de hermosa a no tan hermosa en una sola noche brutal. Disfruto mucho leyendo reseñas halagadoras que empiezan con la frase: “Yo no suelo leer esta clase de libros, pero...”

Aunque *A la cara* podría considerarse probablemente como mi novela de “descubrimiento”, está lejos de ser la primera que escribo. He escrito un montón de novelizaciones y derivados, incluyendo la premiada *Snakes on a Plane*. También he escrito otras tres novelas: *Control Freak*, *Hoodtown* y *Triads* (en colaboración con Poppy Z. Brite). De ellas, diría que *Hoodtown* es mi favorita. La han descrito como “Casablanca con máscaras de lucha libre”.

Disfruté un montón investigando para *Hoodtown*. Viajé por México acompañando a luchadores enmascarados en sus viajes de una velada de lucha a otra, escuchando sus historias y observando sus vidas diarias. Fue mucho más exótico y entretenido que las localizaciones que hice para *A la cara*, que básicamente consistían en patearme espantosos centros comerciales y almacenes en el Valle de San Fernando, la capital porno del universo conocido. Naturalmente, incluso aunque el paisaje era aburrido, las historias y las vidas de los profesionales del cine eran igual de fascinantes.

Una de las cosas que más me gustan de escribir es encontrar mi camino en mundos inusuales y desconocidos y luego compartirlo con los lectores. No me gusta demasiado hablar de trabajos en desarrollo, pero diré que mi último proyecto, aunque aún está cambiando e inacabado, lleva a un personaje conocido a un mundo nuevo, exótico y (al menos para la mayoría de los lectores) desconocido. ¿Queréis más? Tendréis que esperar y ver...

# La ciudad de los ángeles perdidos

**POR CHRISTA FAUST**

**PUBLICADO ORIGINALMENTE EN *L.A. MAGAZINE*, DICIEMBRE DE 2009**

En agosto, una modelo de trajes de baño de 28 años fue asesinada. Su cuerpo mutilado, metido en una maleta, apareció en la parte trasera de un complejo de apartamentos de Buena Park. En un intento por impedir la identificación de los restos, su asesino le había extraído los dientes y le había cortado las puntas de los dedos. Pero su plan se vio frustrado por una de los símbolos más evidentes y ampliamente despreciados de la superficialidad de esta ciudad. Jasmine Fiore fue identificada por los números de serie de sus implantes de pecho.

De niña, Fiore había soñado con ser una estrella. De adulta, apareció en varios anuncios para una línea de chats, pero la fama que ansiaba seguía eludiéndola. Según los noticiarios, una amiga de Fiore dijo que los hombres “se enamoraban de ella a primera vista”. Este poder hipnótico no desapareció con su asesinato. De hecho, su muerte hizo realidad su sueño de inmortalidad.

El rostro gatuno y en forma de corazón de Fiore apareció en todos los noticiarios, periódicos y revistas. La Web se vio inundada por imágenes de su cuerpo provocador y escasamente cubierto. Incluso después de que el misterio de su muerte hubiera quedado resuelto (su ex marido, antiguo concursante en un reality show, fue identificado como el asesino y posteriormente se suicidó) el público seguía sin cansarse de ella. Allá donde miraras, allá estaba Jasmine, el hermoso ángel perdido.

Como autora de novelas *hardboiled* y de género negro criminal residente en Los Ángeles, yo también me vi incapaz de resistirme al atractivo de Fiore. Su historia me recordó lo mucho que los libros de género criminal (ya sean de ficción o no ficción) siguen recurriendo a las damiselas en peligro. Las mujeres han dado varios pasos hacia la igualdad en el mundo real, pero todavía tenemos que pelear para que nos tomen en serio en mi género.

El caso de Fiore hizo que me acordara de una conversación que tuve recientemente con Megan Abbott. Megan y yo somos raras avis, mujeres que escriben dentro de un género

históricamente dominado por los hombres. Ella es la autora de las novelas *Die a Little*, *The Song Is You*, *Queenpin* y *Bury Me Deep*, esta última de este mismo año. Yo acabo de terminar mi décima novela, una secuela de *A la cara*. Tanto Megan como yo gravitamos hacia las protagonistas femeninas. En *Queenpin*, Megan nos habla de una implacable jefa criminal y de su ambiciosa protegida. La protagonista de *A la cara* es una actriz porno retirada.

Y ese es el motivo de que el otro día, sentadas en un café, nos pusiéramos a hablar sobre una posible colaboración e intentáramos desarrollar una trama que nunca hubiéramos leído hasta entonces. En su novela de 1987 *La dalia negra*, James Ellroy, el autoproclamado “perro demoníaco” de la novela negra americana, exploró la idea de un hombre que desarrolla una obsesión sexual por una hermosa mujer muerta. Una idea que ya estaba presente en una película clásica del género, *Laura*, estrenada en 1944, justo dos años de que el cadáver partido en dos de Elizabeth Short, la auténtica Dalia Negra, fuera descubierto en Leimert Park. ¿Por qué, nos preguntamos Megan y yo, nadie había contado una historia que funcionara a la inversa? ¿De verdad no había ningún libro ni ninguna película en la que una mujer desarrollara una obsesión sexual por un hombre muerto? No se nos ocurrió ni un solo ejemplo.

Los personajes femeninos en el género negro tradicional tienden a caer en una de las siguientes tres categorías: la homicida mujer fatal; la esposa sufridora que no hace más que preguntarle al héroe “¿Por qué no puedes olvidarte de este caso?”; y, por supuesto, la hermosa víctima. ¿Pero qué pasaría si las mujeres empezaran a cubrir los papeles tradicionalmente reservados a los hombres? ¿El caballero caído en desgracia? ¿El ladrón frío y amoral? ¿El chistoso amante insaciable? Estas fueron las preguntas que nos hicimos Megan y yo. ¿Funcionaría un relato de obsesión con una víctima estilo la Dalia Negra si invirtiéramos los géneros?

Invertir los géneros no es algo nuevo para mí. Nunca he sido lo que se dice una chica femenina. Odio ir de compras, los cotilleos y la novela rosa. No quiero saber nada de niños. De adolescente fui más bien machorra y sólo aprendí a acceder a mi lado femenino cuando empecé a trabajar en cabinas de peep show en Times Square y, más tarde, como dominatrix profesional.

En aquel mundillo conocí gente hipermasculina, hiperfemenina y todos los matices posibles entre medias. Aprendí que el género podía ser algo fluido, un juego antes que algo prefijado. Muchas de mis sesiones como dominante consistían en “feminizar” a mis clientes masculinos. Aprendí a manejar un strap-on, a apropiarme del símbolo definitivo del poder masculino y a volverlo contra ellos. Le arrebaté su poder a hombres poderosos y les hice pagar a cambio del privilegio. Desarrollé una fascinación por la reconstrucción de los estereotipos genéricos, un tema recurrente pero no siempre consciente en mis escritos de los últimos veinte años.

Cuando me senté a escribir *A la cara*, quise abordar estos estereotipos de una manera más directa. Iba a publicarme *Hard Case Crime*, una celebrada editorial especializada en

novela criminal dura. Iba a ser la primera mujer en conseguirlo, teniendo que medirme para ello con autores legendarios del género como Mickey Spillane, Donald E. Westlake, Lawrence Sanders. Una perspectiva intimidante para cualquier escritor sin tener además el peso añadido de ser la única mujer en la lista.

Me dispuse a relatar una historia clásica de venganza, pero con una mujer de protagonista. Y no la típica heroína de acción; ya hay libros, tebeos y películas de sobra sobre despampanantes supermodelos de 21 años que además resultan ser ninjas mortales y tiradoras de primera. La mayoría de ellas han sido concebidas por hombres. Yo lo que quería era crear a una mujer de mediana edad realista que no se convirtiese automáticamente en un Chuck Norris con tetas en el momento en el que su vida se viene abajo. Que fuera dura y vulnerable. Sexy e inteligente, pero que aun así le preocupara el efecto de la edad en su figura. Una mujer que no tiene ni idea de que es capaz de cometer un asesinato a sangre fría hasta que llega el momento de apretar el gatillo. Esa mujer pasó a ser Angel Dare.

Angel es una antigua estrella del cine porno que ahora dirige una agencia de modelos. Recibe una llamada de un viejo amigo que le pide que participe en una última película, pero cuando accede se encuentra dejada por muerta en el maletero de un coche. En vez de morir como una chica buena, Angel sale en busca de los hombres que destruyeron su vida. Y aprende por las malas que la venganza no siempre es dulce.

Tras haber roto un estereotipo machista con *A la cara*, me entraron ganas de jugar con otros. ¿Sería posible crear una versión femenina de Bucky Bleichert, el obsesionado detective de Ellroy en *La dalia negra*? ¿Podría llegar a encoñarse una mujer tradicionalmente femenina con un hombre asesinado? ¿Observaría con ojos admirativos sus fotos, prometiéndole ante su imagen llevar a su asesino ante la justicia? ¿O hay algo tan inherentemente masculino en el arquetipo del caballero blanco que venga a la doncella muerta que lo contrario no podría funcionar nunca?

Hay otra fuerza oculta bajo la superficie de ese arquetipo: una dinámica subyacente y profundamente poco femenina. Puede que el detective se sienta secretamente excitado por la brutal violación de la víctima, y luego se vea impulsado a asegurar que se hace justicia como expiación por su inenarrable deseo. O quizá sienta la necesidad de castigar al asesino por haberse dejado llevar por la sed de sangre que ambos comparten. Esta compulsión es particularmente intensa en las novelas de Ellroy. Es el mismo deseo oscuro y vergonzoso que impulsó la reciente explotación por parte de los medios del caso de Jasmine Fiore.

Quizá fuera por eso por lo que, tras leer las noticias sobre Fiore, descubrí en mí cierta necesidad por volver a hablar con Megan y echarle un segundo vistazo a la fetichización de las víctimas atractivas. “Técnicamente”, me respondió Megan en un correo reciente, “un fetiche, en términos freudianos, sólo puede ser aplicable a un objeto, no a una persona, lo que al parecer exige un punto de vista objetificador. No me cuesta imaginar una respuesta argumentada que afirme que las mujeres sencillamente no tienden a objetificar el cuerpo masculino del mismo modo que los hombres hacen con las mujeres”.

A pesar de que hablando por experiencia personal, puedo decir que sí es posible que una mujer fetichice a un hombre vivo y coleando al que tiene en frente, es completamente diferente cuando el objeto de fetichización es sólo una fotografía, un concepto sin cuerpo. Es innegable que es mucho más común que los hombres “respondan visualmente”, en palabras de Megan, ante una Jasmine Fiore o una Elizabeth Short y que “proyecten el resto, descargando todos sus deseos privados sobre esta pizarra en blanco que ha surgido frente a ellos”. Lo que llevó a Megan a preguntarse: “¿Proyecta acaso una víctima masculina una imagen de debilidad que le quita todo el atractivo?”.

Yo creo que esa es la pregunta decisiva. Ciertamente las mujeres tienen un desarrollado instinto protector, pero generalmente suele ser más maternal que sexual. Una víctima de asesinato parece indefensa e infantil, cualidades que poco poder tienen para estimular el deseo femenino estándar. Por otra parte, yo no escribo sobre mujeres “estándar”. Como adoro los desafíos, decidí comprobar si era capaz de encontrar un modo de reconfigurar la historia de Jasmine Fiore. Empecé a abocetar el esquema de una novela acerca de un asesinado atractivo y de una investigadora obsesionada.

La detective es la primera en llegar a la escena del crimen y no es capaz de sacarse de la cabeza las imágenes del cuerpo violado. Se sorprende a sí misma pasando demasiado tiempo en el piso del joven asesinado, husmeando entre sus objetos personales y consumida por hasta el último detalle de su corta vida. Encuentra fotos en las que aparece desnudo, incluso un vídeo explícito en el que aparece junto a su joven mujer. En el vídeo aparecen escenas de bondage y sumisión que a la detective le resultan particularmente estimulantes. Las imágenes del cuerpo atado del asesinado en el vídeo se entremezclan en su mente con las de su cadáver. Impulsada por la culpa y la vergüenza, la detective trabaja día y noche, decidida a resolver el caso, encontrando a su ausente y posiblemente asesina esposa y llevándola ante la justicia. Quiere castigar a la asesina porque en realidad necesita castigarse a sí misma.

¿Pero acaso compraría alguien un libro así? ¿Tú qué harías?





**VALDEMAR / ES POP EDICIONES**

**INFORMACIÓN ADICIONAL**  
[info@espop.es](mailto:info@espop.es)